

HERNÁNDEZ, Miguel. *El rayo que no cesa*. Ed. José María Balcells. Colección Contrapunto, 1. Madrid: Sial Ediciones, 2002. 130 pp. (ISBN: 84-95498-51-0)

La edición que nos ocupa es primorosa en todos los sentidos, empezando por el de su factura física. Se trata de un libro ciertamente atractivo, agradable en aspectos como el tipo de letra empleado o el tamaño de la misma, la distribución de las notas o los blancos en el papel que rodean a los poemas. Que un libro agrade ya sólo por el mero hecho de tenerlo en las manos no es una de las menores virtudes que tiene un editor; pero si además se combina todo ello con una muy adecuada disposición de la materia erudita, tanto en la introducción como en la bibliografía o las notas, podemos decir que el conjunto es impresionante.

José María Balcells, catedrático de la Universidad de León, fino especialista en tantas materias y algunas de dificultad suma como Quevedo, la épica burlesca o, precisamente, Miguel Hernández y su obra, ha querido regalarnos una edición primorosa del poeta oriolano. Dicha edición se divide en una extensa introducción (54 páginas), una bibliografía exhaustiva sobre el poeta en general y sobre la obra editada en particular y una edición con abundantísimas notas que en algunos casos (ver los sonetos 3 y 4) ocupan página y media.

Miguel Hernández es hoy, por fortuna, un poeta bien editado y creo que bien estudiado también. Balcells se basa en la primera edición de la obra, cuidada por Altolaguirre en aquella fecha de triste recuerdo que fue el año 36, pero reconoce que para dar idea de la tradición crítica de cada poema ha seguido la edición de la *Obra completa* preparada por Sánchez Vidal, Rovira y Alemany (Espasa Calpe, 1992), gracias a lo cual ha podido reconstruir los diferentes estados de cada poema. Y dado lo que esto ayuda a la hora del entender cualquier escrito y por qué alcanzó la forma definitiva con que hoy lo conocemos, no podemos menos que aplaudir la existencia de esas *Obras completas* que tanto facilitan la tarea de cualquier editor particular de una obra concreta. Balcells puede dar cuenta de la edición previa de alguno de estos poemas en diferentes medios, como el soneto II en la revista *Rumbos*, de Talavera de la Reina (15 de junio de 1935).

Sin embargo, la labor de anotación —aunque ha partido, como es lógico de lo ya anotado sobre estos versos de *El rayo*—, es quizá la aportación más novedosa de Balcells, dado que ofrece buen número de citas concretas en lo que se refiere a la influencia de los poetas clásicos y contemporáneos sobre esta obra concreta de Miguel Hernández. El poeta, enfrascado por esos días en la lectura de los clásicos del Siglo de Oro, pero cercano también a otros poetas del 27, como Aleixandre, o extranjeros, como Neruda, deja huella de sus lecturas a lo largo de estas páginas y de todo ello queda reflejo puntual en las notas del editor. Una labor de exégesis que agradece mucho la persona que se enfrenta a la lectura del libro.

Por otra parte, el editor parte de una idea que concibe el poemario como un cancionero petrarquista, con todo lo que ello conlleva en cuanto a disposición de la materia amorosa. Miguel Hernández dedica el libro a su entonces novia, Josefina

Manresa, destinataria de todos los poemas de amor que en él se incluyen. La famosa *Elegía a Ramón Sijé* se sitúa no al azar después de 28 poemas amorosos, según clave numérica simbólica del ciclo lunar que Hernández pudo copiar, por ejemplo, del poeta renacentista Juan Boscán. Como el *Canzoniere* de Petrarca, aquí tampoco se nombra a la amada, sólo se sugiere que cada uno de los versos le pertenecen. La disposición de los poemas no sigue el orden secuencial de su biografía, sino un orden literario, también cercano al petrarquismo. No se puede decir que no sea sugente tal acumulación de circunstancias.

Se ha señalado algún eco, ya débil, de Góngora y San Juan de la Cruz, más presentes quizá en composiciones anteriores del poeta; también de nombres significativos como Garcilaso, Quevedo o Lope, pero apunta también su editor que hay que tener en cuenta a Baltasar del Alcázar, Carrillo Sotomayor, Villamediana o Soto de Rojas para otras influencias. A ese poso de la tradición hay que sumar los ya citados nombres contemporáneos, especialmente Aleixandre o Neruda, que le lleva a la impureza, pero también otros poetas del 27 y anteriores, como Juan Ramón, sin descartar el gusto por la copla popular, presente también en algunos poemas, como el 4, que se inicia como unos versos populares: "Me tiraste un limón".

Balcells lleva a cabo también en la introducción un pormenorizado análisis estilístico del verbo hernandiano que aporta notas sobre su manera de cifrar el lenguaje poético. Una de las cosas que más nos llaman la atención es la presencia de imágenes visionarias que en ocasiones acercan estos versos al surrealismo.

Apunta también el editor usos léxicos concretos que Hernández pudo haber tomado de poetas como Góngora (uso metafórico de *calzar* en el poema 8), San Juan (la *huella* del poema 15), Valle y otros. Pero si algún autor clásico hay que destacar por esta huella es sin duda Quevedo, según señala Balcells, algunas de cuyas imágenes (la *pedra* del poema 2, la *nada* del poema 19) parecen ser con claridad la fuente directa que ha tenido a la vista el poeta de *El rayo*. También el Lope poeta y, sobre todo, comediógrafo, parece estar en la base de otros versos, como señaló también otro buen conocedor de esta poesía, Francisco Javier Díez de Revenga: tanto las *Rimas humanas* como el *Peribáñez* se escogen como modelo de otros poemas.

Fernando de Herrera, el ya mencionado Alcázar, Carrillo de Sotomayor y otros poetas cercanos a la poesía "culta" aparecen con alguna frecuencia entre las notas de esta edición. Con su lectura amena uno recuerda la honda huella de estos versos en otros poetas cercanos en el tiempo y, sentimentalmente a quien esto escribe, "el tiempo amarillo" del poema I sirve de título precisamente a la única obra poética del dramaturgo talaverano Juan Antonio Castro, *Tiempo amarillo*, accésit del Adonáis en 1962; los *Poemas del toro* de Rafael Morales tienen mucho que ver con estos versos y, en especial con el poema 23; la *Elegía a Ramón Sijé* nos recuerda en ocasiones esas otras elegías en las que tan similar es el sentimiento de Joaquín Benito de Lucas, amante de la poesía de Miguel Hernández, es decir, de toda la mejor poesía que parte de nuestra época clásica.

Bien merece tan bello libro el desvelo de un editor como José María Balcells, que ha tenido la gentileza de recuperárnoslo y de explicárnoslo. Así los versos de un creador como Miguel Hernández, que en su propia genialidad son únicos, revelan ahora el rico venero de una tradición clásica que los hace eternos como ella misma y patrimonio común de todos los lectores.

Abraham Madroñal
CSIC

MAINER, José-Carlos y Jordi GRACIA. *En el 98 (Los nuevos escritores)*. Madrid: Visor, 1997. 178 pp. (ISBN: 84-7522-008-8)

Se recogen en este libro las ponencias presentadas en el Seminario "En el 98 (los nuevos escritores)", celebrado en la Universidad de Valladolid en 1996. La intención del mismo era la de vacunar al público ante el aluvión de congresos, conferencias y otros recordatorios que se veían venir con ocasión del centenario de la llamada 'Generación del 98'. Ese propósito queda fijado en una declaración final ('Contra el 98. Manifiesto de Valladolid') reproducida como colofón del volumen y en la que se insta a las entidades competentes (investigadores, profesores, instituciones académicas, ministerios y editoriales) a eliminar por improcedente el marbete de 'Generación del 98' y a replantear los estudios y la didáctica de la literatura española del pasado fin de siglo. No es la primera vez que los coordinadores y colaboradores del volumen manifiestan una militancia tan explícita en lo que podría llamarse la 'lectura revisionista' del problema, una lectura que con justicia ha acabado por imponerse, aunque no sin dificultades y no sin asignaturas pendientes por cubrir, como muy bien explica Jordi Gracia al elaborar el estado de la cuestión.

En la presentación del volumen, José Carlos Mainer, uno de los mejores conocedores del fin de siglo, explica el origen del marbete —el complejo de culpa de Azorín— y denuncia su impropiedad, al tiempo que admite la buena fortuna y resistencia del mismo a los embates de la crítica y propone la solución al problema a través del empleo de unas perspectivas diferentes a las acostumbradas. Por ese camino es por donde pueden y seguramente van a venir las lecturas más refrescantes del fenómeno. Porque es claro que la fecha de 1898 sigue siendo una especie de perturbador imán que empaña gravemente el entendimiento de la producción global de todos y cada uno de los escritores del fin de siglo, ninguno de los cuales publicó en ese año lo más significativo de su obra ni tuvo en él ni en el Desastre una referencia biográfica de primera importancia. Un resultado distinto, complementario y al menos con la misma capacidad reveladora sería, por ejemplo, la lectura derivada de los trabajos publicados en torno a otras referencias temporales (1900, 1910, 1915, etc.), pues en ellos tendrían cabidas producciones menos tópicas pero no menos interesantes, como lo son el esperpento, las novelas de acción de Baroja o los ensayos de Ortega. Otra propuesta sería fomentar los estudios del 'horizonte europeo' o los en-